

La sombra de conciencia de Dato



Acaso cuando este artículo llegue a su destino haya dejado de ser de actualidad; ¡tan de prisa va ésta!... Acaso se haya para entonces restablecido la censura y sea tachado, aun sin haberlo leído o leyéndolo no más que por encima, por pecaminoso. Acaso no gobierne ya entonces Dato. Pero acaso... ¡Atá, pues, valga por lo que valiere.

Aunque parezca mentira, Dato tiene si no propiamente conciencia, por lo menos una sombra de conciencia cual corresponde al que no es más que sombra de gobernante y hasta de hombre. Tiene una sombra de conciencia que le remuerde con una sombra de remordimiento. Constantemente está a la defensiva y a la disculpativa.

En «La Correspondencia de España» del día 4 leemos la pequeña conferencia que aquél, como todos los demás días, dió el Presidente o Canciller a los periodistas. Dice el relato:

«Se lamentó de que no cuente el gobierno con muchos periódicos ministeriales, si bien aquellos que defienden su política, pocos por cierto, sean de larga y brillante historia.

No se le oculta que los ataques de la prensa, cuando no tienen un fundamento de razón, carecen de eficacia; dándose por eso el caso de que, a pesar de los referidos ataques, la opinión está del lado del gobierno.»

¿Quién no ve aquí una queja? El Presidente del Consejo de ministros se lamenta de que éste, el ministerio, el gobierno faccioso, no cuente con muchos periódicos ministeriales. Y eso a pesar de disponer de los fondos de Gobernación para gastos de guerra—que es como dice, según dicen, Sánchez Guerra,—fondos con que se puede ministerializar a no pocos diarios de oposición, o por lo menos neutralizarlos. Y, ahora, con eso de la carencia del papel y los anticipos...



Pero Dato se lamenta de no contar con muchos periódicos ministeriales, aunque sean de larga y brillante historia—debe referirse especialmente a «La Epoca»—que defiendan su indefendible política. Y comprende que ni por dinero podría tenerlos. Se conocería siempre el juego. El soborno es arma de dos filos. Por debajo



del alegato comprado asoma siempre la verdad. No hay oposición más terrible que la del ministerialismo de alquiler.

Luego repite Dato una vez más lo que está diciendo y rediciendo y volviendo a decir y redecir toda esta temporada, y es que la opinión está al lado de su gobierno, al lado del gobierno del Canciller de turno, al lado del gobierno faccioso y separatista, al que se le llevó al poder a espaldas del pueblo español y sin contar con éste. Y esa insistencia en repetir que la opinión está al lado del gobierno es prueba evidente de que su jefe sabe que no lo está.

Lo que quiere decir Dato es que la no opinión, que la inconsciencia pública, que la *voluntad* de la parte dormida de la nación—que numéricamente es la mayor—está al lado del gobierno como está al lado de cualquier gobierno, sea al que fuere. Pero tampoco esto es verdad. Esa enorme masa de inconscientes, de amodorrados, de ignorantes, de siervos, no está al lado de nadie. Dejan hacer sin hacer ellos nada. La inercia no es opinión.

Sí; desgraciadamente, en la mayor parte de las regiones de España, y más en las más dormidas, los más de los súbditos del reino, que no ciudadanos de la nación, están con su apatía y su ignorancia y su inconsciencia civil al lado del que manda, sea el que fuere y por mal que mande. Pero Dato sabe, por poco que sepa, que eso no es opinión y que esa misma masa estará al lado de quien eche a Dato y aun más...

No, la *opinión* no está del lado del gobierno; lo que está, o más bien parece estar del lado del gobierno, y de todo gobierno, es la no opinión.

Y aun conceteremos más, y es que como la característica de este gobierno faccioso es no hacer, no comprometer, no decidir, no querer, está de su lado toda la triste masa de gentes que viven de miedo. Toda la miserable turba de los neutralis-





tas incondicionales, a todo trance y costa, toda la triste legión de los que le tienen miedo a la historia, todo eso está con Dato; puede ser. Pero eso no es opinión.

Es natural que junto al gobierno de la cobardía estén los cobardes, que acaso son numéricamente los más. Pero los cobardes no cuentan ni en política ni en guerra. Y cuando al cabo se ven los cobardes arrastrados por los otros, por los que no lo son, por los que osan mirar cara al porvenir histórico, entonces los cobardes acaban por perder su cobardía, o por lo menos si huyen, huyen hacia adelante y sirven de parapeto a los otros.

Esa opinión, esa aparente opinión que parece estar al lado de este gobierno, eso no es opinión; eso no es más que cobardía de opinar y cobardía de querer y cobardía de decidirse. Dato, grandísimo materialista, como buen conservador cortesano, cree que el problema capital es el del estómago; cree que nadie quiere sino la paz a toda costa, sea cual fuere esa paz y aun comprada a precio de ignominia.

Pero la opinión, la verdadera opinión, es la de los que opinan sabiendo lo que opinan; la opinión que decide es la de los que tienen conciencia civil de la responsabilidad histórica. Y esta opinión, la de los que hacen la historia, la de los ciudadanos de la nación y no la de los súbditos del reino, esa opinión no está del lado de este gobierno faccioso y antinacional.

Dijo luego Dato:

«El gobierno está dispuesto a que en la prensa no se publique lo que a determinados organismos pueda atribuirse con el fin de buscar perturbaciones que agradan, por lo visto, a quienes las persiguen.

«Para evitarlo—decía el Sr. Dato—recurrirá el gobierno a la adopción de las medidas necesarias, estando seguro de que nadie ha de ver que se responde con ello a miras egoístas.»

Para Dato, que está en el poder por servilismo anticonstitucional e incivil, no es mira egoísta la de conservarse en él. Debe de creer que está haciendo un sacrificio, y no a la patria precisamente. Dato debe de creerse insustituible. Y, en efecto, no es fácil sustituir hoy su servilismo.



Ese cortesano sombra de hombre será capaz de no llamar egoísmo a lo que le llevó a la jefatura del partido y a su primera presidencia del Consejo, a aquella manera de vender a su jefe de la víspera y de abandonar los principios para aceptar la servidumbre. Y un sujeto así, un súbdito de esa calaña que no supo anteponer la pureza del ideal liberal conservador a su ambición servil, a su servilismo ambicioso, un súbdito así que explota su mediocridad flexible no puede hablar de opinión pública.

Este hombre, esta sombra de hombre, más bien, este cortesano a quien una sombra de conciencia de ciudadanía parece remorderle ya, se ha llegado a creer un reformador social y que con eso de la legislación obrera se arregla todo, hasta las cuestiones de dignidad nacional y de libertad popular. Pero no es así, pese al materialismo conservador. Los obreros mismos suelen luchar más por su dignidad de hombres, esto es, de ciudadanos, que no por cosas de jornal o de jornada de trabajo. Lo hemos visto en muchas huelgas.

¡No, señor Canciller del reino, no! La opinión, la opinión que lo es, la que opina, no está del lado del gobierno. Puede, en cambio, contar como estando de su lado a esos rebaños de súbditos del reino que ni siquiera saben que hay un señor que se llama Dato y preside el gobierno; y estos que no saben eso son muchos, mu-

chísimos, muchos, pero muchos más de los que nuestros lectores pueden figurarse. Y a estos que no saben quien les gobierna o no les gobierna o desgobierna ni cómo, a éstos es a los que hay que redimir. Hay que evitar que en España puedan fundarse los gobiernos en la inconsciencia de la mayoría. Hay que hacer historia. Y uno que opina vale y puede más que mil de los que no opinan.

MIGUEL DE UNAMUNO.

